

## Reseñas

Viviana Zelizer, *El significado social del dinero*, Buenos Aires, FCE, 2011, 274 pp.; *La negociación de la intimidad*, Buenos Aires, FCE, 2009, 381 pp.

HÉCTOR VERA\*

Tras una larga espera, llegan a manos de los lectores hispanohablantes dos libros de Viviana Zelizer. Una espera injusta si consideramos que el español es la lengua materna de Zelizer, y que su trabajo ha tenido un impacto considerable en la sociología contemporánea. Zelizer ha sido una de las figuras señeras de la sociología económica, una subdisciplina que ha crecido enormemente durante las últimas dos décadas en Estados Unidos y Europa.

A Zelizer se la considera, entre el grupo de sociólogos económicos, como la más visible representante del enfoque culturalista.<sup>1</sup> Aunque hoy en día los estudios sobre cultura y economía son ya más numerosos y visibles, hasta no hace mucho tiempo sólo Zelizer y algunos compañeros de ruta, como Paul DiMaggio, se aventuraron en la ardua labor de mostrar que la economía tiene un elemento cultural irreductible y que sin él no se pueden comprender plenamente los fenómenos económicos. Como afirma DiMaggio, hay dos concepciones de cultura relevantes para la sociología económica: una donde la cultura es vista como algo separado de la economía y que sólo la afecta de manera externa, bajo la forma de normas y convenciones que constriñen la búsqueda del individuo por sus propios intereses; y otra donde se considera que la cultura provee las categorías y los significados que le permiten a los actores entablar acciones económicas.<sup>2</sup> Siguiendo esta división, Zelizer se adhiere, sin ambigüedad, a la segunda de estas posturas.

\* Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, UNAM.

<sup>1</sup> Testimonio de las aportaciones académicas de Zelizer es que en 2003 la Sección de Sociología Económica de la American Sociological Association nombró su premio anual al mejor libro en esa materia como el “Viviana Zelizer Award for Best Book”. Lo fructífero de su enfoque se puede ver en el eco que ha tenido en obras recientes como el de Carruthers y Ariovich (2010) sobre el estudio sociológico del dinero y el crédito, o el de Wherry (2012) sobre la cultura de los mercados.

<sup>2</sup> Véase DiMaggio (1994).

En su proyecto sociológico, Zelizer vincula cultura y economía subrayando que la sociología tiene que cuestionar el énfasis que pone la ciencia económica neoclásica en las opciones individuales y su constreñimiento, donde la cultura sólo es considerada —si acaso— como un elemento que determina preferencias, pero que no puede ser una causa del comportamiento económico. Hace falta, dice Zelizer, integrar plenamente a la cultura (*i.e.* significados compartidos y su representación en objetos y prácticas) en el análisis de los fenómenos económicos. Al hacer esto, problemas como el trabajo doméstico o la economía sexual —que sólo aparecen en la periferia de la ciencia económica predominante— pueden ser investigados a cabalidad. En particular, Zelizer sugiere el género y el consumo como áreas de estudio que pueden ser exploradas fructíferamente si se logra vincular a la economía con la cultura (aunque ella en su propio trabajo ha tratado un abanico de temas que va más de esos dos tópicos).

La tarea que se ha propuesto Zelizer no es simplemente contextualizar o afinar el tipo de análisis de los comportamientos económicos hechos por los economistas —como es el caso de muchos en el campo de la sociología económica—, sino estudiar los procesos interpersonales que suceden en la práctica (procesos que usualmente los economistas vacían de contenido y abstraen en categorías como producción, consumo, distribución, etcétera). A su vez, el trabajo de Zelizer reta algunas ideas poco cuestionadas en la historia de la sociología y en las creencias populares sobre la vida económica. Por un lado, su trabajo confronta la imagen —sólidamente establecida en la disciplina desde Marx y Weber— según la cual las transacciones monetarias son actividades puramente cuantitativas, afirmando que en la práctica las personas le otorgan al dinero diversos y complejos significados. Por otro lado, sus investigaciones contradicen la idea de que las relaciones económicas y las relaciones íntimas se contaminan cuando llegan a tocarse.

Hasta la fecha, Zelizer ha publicado cuatro libros monográficos (y uno que es una compilación de artículos). El primero de ellos fue *Morals and Markets: the Development of Life Insurance in the United States*, de 1979, que estudia cómo se introdujeron los seguros de vida en Estados Unidos y, a través de ese caso, analiza las interacciones entre el mercado y los valores humanos, o más específicamente el problema de establecer equivalentes monetarios de aquello que es considerado sagrado —y por tanto más allá de una definición pecuniaria, como la vida y la muerte—. La hipótesis central de Zelizer es que la resistencia cultural a introducir ciertos objetos en un intercambio mercantil produce tensión y ambivalencia a la hora de publicitarlos e intentar venderlos. Así, Zelizer apunta cómo el seguro de vida formaba parte de una tendencia general, que inició en el siglo XIX, para racionalizar y formalizar el manejo de la muerte. Pero poner a la muerte en el mercado ofendía un sistema de valores que creía en la santidad de la vida y su inconmensurabilidad, por lo que su mercantilización desafiaba fuertes principios normativos: la división entre lo que es susceptible de entrar al mercado y lo que no —o, como sostiene Zelizer, entre lo sagrado y lo profano—. Así, para que se lograra que las personas aceptaran adquirir seguros de vida hizo falta, entre otras cosas, ritualizar y sacralizar el seguro de vida.

El segundo libro de Zelizer fue *Pricing the Priceless Child: the Changing Social Value of Children*, de 1985, que examina la profunda transformación en la valoración, económica y sentimental, de los niños; una transformación que convirtió a los infantes en seres con un valor económico insignificante para sus padres (de hecho no sólo no contribuyen con ingresos a su hogar, sino que son notablemente caros de mantener), pero con un valor sentimental incalculable. En este proceso —que se desarrolló entre fines del siglo XIX y principios del XX— los niños pasaron de tener un valor para su familia que estaba estrechamente ligado a su potencial como fuerza de trabajo (eran objetos de utilidad), a tener un valor que ya no se definía económica sino sentimentalmente (objetos de sentimiento). Como parte de estos cambios se estableció, por ejemplo, la prohibición del trabajo infantil y se establecieron nuevos parámetros de indemnización para los padres en caso de muerte accidental de un niño.<sup>3</sup>

A ese libro siguió, en 1994, *The Social Meaning of Money: Pin Money, Paychecks, Poor Relief, and Other Currencies* (traducido como *El significado social del dinero*), quizá su libro más representativo hasta la fecha y el mejor conocido a nivel internacional. Su originalidad y hechura son tan notables que no es exagerado decir que *El significado social del dinero* es la obra más relevante sobre el dinero como fenómeno sociológico desde la publicación en 1900 de *La filosofía del dinero*, de Georg Simmel.

Los análisis sociológicos del dinero, como la misma Zelizer ha subrayado, usualmente enfatizan uno de dos aspectos del dinero: su dimensión abstracta y racionalizadora, o bien su naturaleza cultural.<sup>4</sup> En una larga tradición que va desde los recuentos clásicos del dinero hechos por Marx, Simmel y Weber, hasta teóricos contemporáneos como Jürgen Habermas y Anthony Giddens, el dinero ha sido visto como un agente racionalizador, impersonal, incoloro, vacío de contenido cultural e inmune a cualquier influencia social y cultural. En este cuerpo de literatura al dinero se le ha relacionado con la alienación, calculabilidad y reificación. Por otro lado, hay una serie de estudios realizados por antropólogos, historiadores y sociólogos, Zelizer incluida, que subrayan la idea de que el dinero es un ente cultural imbricado en redes de significado, un objeto que es clasificado, etiquetado y personalizado por distintos grupos e individuos en la vida cotidiana —en este sentido, el dinero no existe en una esfera económica con sus propias leyes de operación sin que se vea afectada por condiciones culturales o estructurales—.

Siguiendo el ejemplo de otros sociólogos que han estudiado las dimensiones sociales y la heterogeneidad cualitativa del tiempo y el espacio, Zelizer se propone mostrar que el dinero es algo más que una simple realidad cuantitativa y que sus efec-

<sup>3</sup> Síntoma de la importancia que ha tenido este trabajo, por ejemplo, fue una sesión especial en el congreso anual de la Social Science History Association, en 2011, dedicada a hacer una retrospectiva del libro a los 25 años de su aparición. La misma Zelizer reevaluó su libro en un artículo de 2005, "Priceless Child Revisited", que fue compilado posteriormente en *Economic Lives* (2010).

<sup>4</sup> Véase Zelizer (1992; 2001).

tos sociales van más allá del cálculo numérico y la racionalización. *El significado social del dinero* detalla las diversas maneras en que la gente identifica, clasifica, organiza, usa, separa, crea, diseña, almacena y diseña dineros (en plural). De este modo Zelizer muestra que hay algo profundamente incorrecto en la persistencia de muchos científicos sociales por mostrar que la “invasión” del dinero en las relaciones personales hunde inevitablemente esas relaciones en las aguas de la racionalidad instrumental.

La idea central de Zelizer es que el dinero no sólo está socialmente construido, también está provisto de significados para la gente que lo utiliza. El dinero es constantemente reformado y redefinido a través de diferentes redes de relaciones sociales. Zelizer subraya este aspecto cultural del dinero para rebatir la difundida opinión de que el dinero es un instrumento anónimo e impersonal que destruye los lazos sociales. En realidad, dice Zelizer, las personas no son pasivas cuando usan el dinero; se apropian del dinero transformándolo, rehaciéndolo y clasificándolo. Así, la afirmación de que el dinero despersonaliza las interacciones sociales es menos cierta que aquella que sostiene que las relaciones sociales transforman el dinero —“Las personas son más inteligentes que el dinero”, afirmó en alguna ocasión Zelizer,<sup>5</sup> una aserción que puede servir para encapsular el espíritu de esta obra—. Contrario a la imagen del dinero como el gran igualador, la gente asume un papel activo en diferenciar entre los distintos tipos de transferencias monetarias y entre las formas de dinero empleadas en esas transacciones, según sea el tipo de relación social de que se trate. Las relaciones sacerdote-feligres, padre-hijo, trabajador del servicio social-beneficiario de programas de asistencia social, psicoanalista-paciente son todas ejemplos de relaciones donde se realizan transferencias monetarias, pero en cada una de ellas el dinero y el medio de pago tienen formas y significados diferentes.

Para Zelizer, el dinero es, en cierto sentido, como el lenguaje o el vestido: un medio por el cual las personas le dan significado a su vida y hacen distinciones en sus interacciones. Se usan diferentes formas de pago para diferenciar entre diversas relaciones sociales. Un marido no le deja propinas a su esposa ni le da dinero por caridad, como haría con el mesero o con el músico callejero; una abuela puede regalar sin problemas dinero a sus nietos en navidad, pero sería ofensivo que le obsequiara dinero en efectivo a su consuegra. Que una transferencia monetaria sea considerada como correcta o inadecuada depende del tipo de relación social en que esa transacción está enmarcada.

En *El significado social del dinero*, Zelizer estudió cómo estas relaciones y definiciones se transformaron en Estados Unidos en el periodo entre 1870 y 1930, enfatizando cómo la gente clasifica, organiza, segrega, diseña y resguarda el dinero. Zelizer encontró que entre más exitosos eran los esfuerzos de la administración federal estadounidense para homogeneizar la forma física del dinero (cuando se hizo más efectivo el monopolio del Estado para acuñar moneda y se eliminó la emisión de billetes y monedas por parte de agentes privados y de gobiernos locales), más

<sup>5</sup>“Viviana A. Zelizer Interviewed by Radio Australia”, junio de 1998, en URL <http://goo.gl/fx2Voh>, fecha de consulta septiembre de 2013.

caminos nuevos ideó la gente para diferenciar el uso del dinero. Entre otras cosas, el libro analiza en sucesivos capítulos cómo se etiquetaba y signaba el dinero dentro de las familias, la invención de los regalos en dinero, y las ideologías y estrategias de las autoridades encargadas de programas sociales gubernamentales y las tensiones que producían al encontrarse con las creencias y prácticas de los beneficiarios de esos programas.

El libro analiza con destreza y cuidado una amplia serie de situaciones donde las transacciones y los intercambios monetarios requieren un delicado proceso de negociación de significados. El caso de las propinas puede servir de ejemplo (pp. 124 y ss.). Zelizer detalla cómo las propinas a principios del siglo XX estaban en la encrucijada entre diversas transferencias pecuniarias: no eran un pago propiamente dicho, pero tampoco eran un soborno, una caridad, un regalo, un sueldo o un aguinaldo. Esta opacidad llevó a distintos individuos y grupos a argumentar que la propina era una práctica indebida e injuriosa; llegaban incluso a decir que la propina era una perversión del regalo y una manera poco sutil de comprar las sonrisas de los camareros, botones y cocheros. Insistían en que la propina degradaba y humillaba al destinatario, pues el hecho de que ésta fuera discrecional acentuaba la inferioridad social del destinatario. La expectativa de la propina generaba molestias también entre quienes la daban, pues era difícil de calcular y no había procedimientos establecidos sobre cómo debía entregarse. El malestar llegó a ser tal que hubo incluso propuestas de legislación diseñadas para impedir el pago de propinas. Para adecuarse a los nuevos tiempos fue necesario desarrollar y difundir reglas de etiqueta sobre cuánto, cómo, cuándo y a quién darle propina —los manuales de urbanidad, por ejemplo, comenzaron a dar directrices sobre el comportamiento esperado y decoroso para dar propinas—.

Finalmente, la más reciente monografía de Zelizer es *The Purchase of Intimacy*, de 2005 (traducido como *La negociación de la intimidad*, pero que bien podría haberse traducido como *La compra de la intimidad*, para acentuar su tono polémico).<sup>6</sup> En este trabajo Zelizer continúa sus investigaciones empíricas principalmente en Estados Unidos, pero ahora estudia casos contemporáneos, dejando atrás el periodo entre 1870 y 1930, en que se basan sus trabajos previos. Además, introduce una nueva dimensión a su esquema analítico al incorporar a sus temas de sociología económica aquellos del derecho y las disputas legales.

En *La negociación de la intimidad*, Zelizer debate dos ideas gemelas y comúnmente aceptadas sin cuestionamiento: que el mercado envenena la intimidad y que la intimidad hace lo propio con el mercado. La primera de estas ideas sostiene que si el dinero y las transacciones mercantiles entran en el ámbito de la intimidad eso provocará que los lazos emocionales y familiares serán colonizados por el cálculo y la fría racionalidad. La idea inversa sostiene que si la intimidad entra en el mercado éste se volverá ineficiente e irracional, pues la intimidad en el mercado

<sup>6</sup> Para quien tenga curiosidad sobre algunas de las reacciones que ha provocado *La negociación de la intimidad*, en *Sociological Forum* (vol. 22, núm. 4, diciembre 2007, pp. 595-617) se pueden ver una serie críticas y una respuesta por parte de la propia Zelizer.

le abre la puerta al nepotismo, favoritismo hacia los amigos (*cronyism*), acoso sexual, etcétera.

En el mundo académico, dice Zelizer, la visión de que hay una interferencia perjudicial entre intimidad y transacciones económicas se manifiesta en dos tipos de postura. Por un lado están quienes consideran que economía e intimidad conforman “esferas separadas” y, yendo aún más lejos, que esas esferas son de hecho “mundos hostiles”. Este enfoque asegura que hay una brecha entre la esfera de las relaciones sociales íntimas (donde residirían los sentimientos y la solidaridad) y la esfera de las transacciones económicas (donde habitarían el cálculo y la eficiencia). Cuando cada esfera trabaja por separado las cosas marchan bien para cada una, pero si llegan a entrecruzarse se produce tanto contaminación moral (pues el cálculo económico destruye la solidaridad) como ineficiencia económica (pues los sentimientos conllevan favoritismos e irracionalidad dentro de las organizaciones). Es por esto que cada una de estas esferas debe ser alejada de la otra, construyendo barreras entre ellas.

Por otro lado, encontramos la postura que Zelizer llama “Nada-más-que” (*nothing-but*), que consiste en intentar explicar la aparente contradicción entre intimidad y economía, reduciendo el problema a una sola causa, que puede ser la racionalidad económica, la cultura o la política. El primero de estos reduccionismos, por ejemplo, diría que las relaciones filiales, la sexualidad o la amistad son únicamente instancias particulares de racionalidad económica (esto es, la búsqueda de ventajas personales bajo condiciones de coacción).

En respuesta a estas posturas normativas y monocausales, Zelizer propone estudiar la complejidad de estos fenómenos partiendo del principio de que el vínculo entre intimidad e intercambios económicos es fluido y se encuentra en permanente negociación, nombrando a su postura “vidas conectadas”, diciendo que “las personas crean vidas conectadas gracias a la diferenciación de sus múltiples lazos sociales, y establecen límites entre los distintos lazos a través de sus prácticas cotidianas, sustentándolos por medio de actividades conjuntas, que incluyen actividades económicas, pero negociando de una manera constante el contenido exacto de los lazos sociales importantes” (p. 55).

Las personas adoptan y negocian lazos significativos con otros individuos, pero lo hacen diferenciando cuidadosamente los derechos, obligaciones, transacciones y significados que pertenecen a cada tipo de lazo, y remarcan las diferencias entre estos lazos usando nombres, símbolos, prácticas y medios de intercambio distintivos. Todo esto afecta a las actividades económicas (producción, consumo, distribución, transferencia de bienes) que forman parte de esos lazos sociales. Las relaciones con los padres, hijos, hermanos, amigos, esposos, amantes, colegas y médicos requieren todas de algún tipo de intercambio económico, pero los individuos son diestros en diferenciar el significado y la forma de esas transacciones. El argumento central de Zelizer en este libro es que dentro de cada tipo de relación social las personas marcan límites (*boundaries*) y designan ciertos tipos de transacción económica como apropiados para este tipo de relación, evitan otras transacciones que consideran inapropiadas y adoptan medios determinados para calcular y facilitar las transacciones dentro de esas relaciones.

Las tres áreas de observación empírica —presentadas en sendos capítulos— donde Zelizer despliega su análisis de “vidas conectadas” son las relaciones de pareja, las relaciones de cuidados (*caring*) y la economía en el hogar. Particularmente rico es el tema de las relaciones de pareja, donde Zelizer desmenuza los delicados cruces entre intimidad y economía en el hogar, el noviazgo, el cortejo, los compromisos, el incumplimiento de la promesa de matrimonio, la prostitución y hasta los bailes exóticos —todas ellas relaciones en las cuales el dinero y los intercambios económicos cohabitan regularmente con la intimidad, pero con significados y prácticas muy distintos en cada caso.

Es difícil hacerle justicia en una reseña como ésta a libros cuya riqueza empírica y sutileza analítica constituyen una de sus principales virtudes. Zelizer acostumbra trabajar seleccionando numerosos y variados episodios que ilustran los vínculos y las tensiones entre cultura y economía. La importancia de esos casos, historias y viñetas para el argumento teórico general sólo puede ser plenamente captada leyéndolas en el marco de cada investigación, por lo que la lectura de primera mano de los escritos de Zelizer resulta indispensable para apreciar lo bien logrado de su imaginación y oficio sociológicos —algo que, por supuesto, es cierto para cualquier autor, pero que lo es más aún en el caso de Zelizer—.

## Bibliografía

- Carruthers, Bruce y Laura Ariovich (2010), *Money and Credit: a Sociological Approach*, Cambridge, Polity.
- DiMaggio, Paul (1994), “Economy and Culture”, en N. Smelser y R. Swedberg (eds.), *The Handbook of Economic Sociology*, primera edición, Princeton, Princeton University Press.
- Wherry, Frederick (2012), *The Culture of Markets*, Cambridge, Polity.
- Zelizer, Viviana (2010), *Economic Lives: How Culture Shapes the Economy*, Princeton, Princeton University Press.
- Zelizer, Viviana (2001), “Sociology of Money”, en Neil J. Smelser y Paul B. Baltes (eds.), *International Encyclopedia of the Social and Behavioral Sciences*, Ámsterdam, Elsevier, pp. 9991-9995.
- Zelizer, Viviana (1992), “Money”, en Edgar Borgatta y Marie Borgatta (eds.), *Encyclopedia of Sociology*, Nueva York, MacMillan, pp. 1304-1310.
- Zelizer, Viviana (1985), *Pricing the Priceless Child: the Changing Social Value of Children*, Nueva York, Basic Books.
- Zelizer, Viviana (1979), *Morals and Markets: the Development of Life Insurance in the United States*, Nueva York, Columbia University Press.

Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, México, El Colegio de México, FCE, 2011 (segunda edición crítica con introducción, comentarios y traducción de nuevos textos de Max Weber, inéditos en español, por Francisco Gil Villegas), 587 pp.

MANUEL GIL ANTÓN\*

La segunda edición de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, no sólo obra clásica de Max Weber, sino de toda la tradición sociológica, coeditada por El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica en México, contiene una riqueza adicional con respecto a la previa y a las que otras editoriales han realizado: es una edición crítica e incluye, como parte del nuevo texto a disposición en castellano, una introducción, comentarios y la traducción de nuevos textos de Weber hasta ahora no accesibles en nuestro idioma. No contamos con una reimpresión, ya de por sí valiosa, sino lo que en estricto sentido es una segunda edición en buen lenguaje editorial. No es menor lo que está a nuestra disposición.

Con independencia de la oportunidad de participar en un seminario especializado en Weber con el editor, Francisco Gil Villegas, sus trabajos forman parte del ejercicio de un magisterio que no requiere la cercanía física: en el detenido, responsable y no menor esfuerzo de trasladar a nuestro tiempo y habla el sentido de esta obra, ha logrado contar con un conjunto de lectores que, por su medio, están en condiciones de ahondar en el pensamiento de este clásico en nuestro oficio. Entre ellos me incluyo.

A partir de sus aportes, y los de otros colegas mexicanos conocedores de las aguas profundas de la obra y circunstancia del sociólogo mencionado (de forma destacada Luis Fernando Aguilar Villanueva), así como de académicos que en la docencia de estos temas han trazado senderos, no tan visibles como la moda de publicar o perecer, pero quizá más importantes en la construcción de una comunidad sociológica nacional, cuyo caso ejemplar lo ha cumplido, en mi formación teórica, la maestra Lilia Pérez Franco en la Universidad Autónoma Metropolitana, plantel Azcapotzalco (a sabiendas de que en otras coordenadas institucionales función similar realizan otros profesores), tengo para mí que Weber propone a quien lo estudia un reto apasionante: lejos de pretender la construcción de una teoría social, consecuencia lógica de su convicción y evidencia histórica de la imposibilidad de sostener la universalidad de los valores, invita a *hacer* sociología, esto es, a construir explicaciones que permitan comprender, o estructuras de inteligibilidad que hagan posible explicar, en alguna medida, ¿por qué lo que nos interesa, apasiona u ofende de los fenómenos sociales ha sido y es así, y no de otra manera?

Quizá el mejor modo de dar cuenta del contenido y valor de esta obra, y el que considero es más adecuado en el caso de una reseña que vaya más allá que indicar las partes del libro (glosar en el mejor de los casos el índice) en procura de hacer

\* Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

justicia al empeño que subyace a la elaboración de este texto, es compartir con los lectores una conjetura a la que su lectura me ha conducido. Cuando los libros permiten que en el silencio del casi olvidado acto de leer —sólo interrumpido por el sonido que produce la pluma en el cuaderno de notas— una idea vaya conformándose, avanzando o retrocediendo, cambiando, y al final siendo posible expresarla, es que valen la pena. Hay en esto, sin duda, el prodigioso trabajo de Weber, pero contextualizado por Gil Villegas. Desde ahí expongo el saldo del estudio que pude realizar con base en esta edición.

### **El guardagujas ciego**

La ilustración de la portada del libro, obra de Rogelio Rangel, es estupenda: un guardagujas,<sup>2</sup> operario específico en el oficio ferroviario, alza y flexiona su pierna derecha para empujar, junto con la palanca que tiene asida con la mano del mismo lado, el mecanismo que hará que el tren que atisba a la distancia tome cierta dirección. Su movimiento, en apariencia sutil, hará que una enorme máquina que por supuesto no ha creado ni impulsa, que seguro bufá y suena como deben sonar los trenes, que preñada de inercia, veloz e imparabile, viene y se acerca; esa tarea propia y definitiva de su qué hacer hará que la locomotora y sus vagones modifiquen, o no, la inercia que trae consigo.

El instrumento que acciona la conducirá en cierta dirección, pero no de manera abrupta o contraria a su tendencia —no descarrila al tren ni lo detiene, tampoco lo impulsa—, sino que le abre rieles posibles para rumbos diversos. No altera la máquina: mueve, y son centímetros, las “agujas” de los rieles. Sigue yendo el tren, sin duda, pero la acción del guardagujas es crucial en su destino.

Francisco Gil Villegas ha provocado, quizá sugerido, la ilustración, y tal decisión le ha puesto rieles a mis palabras, pues el epígrafe a toda la obra es una cita de Weber, escrita en 1919, de una lucidez asombrosa: “Los intereses materiales e ideales, y no las ideas dominan directamente la acción de los hombres. Pero muy a menudo las ‘imágenes del mundo’, creadas por las ‘ideas’, han determinado como guardagujas los rieles sobre los que la acción viene impulsada por la dinámica de los intereses” (p. 7).

Los intereses llevan a actuar, ya sean materiales o ideales. A la acción humana la impulsa la dinámica de los intereses pero no es extraño que esas creaciones de las “ideas” que son las “imágenes del mundo”, como el guardagujas, determinen los rieles por donde transcurrirá el actuar humano, aspecto que no es —entiendo— en absoluto baladí para comprender explicando, o explicar comprendiendo, la acción en su transcurso y resultados.

A diferencia de la ilustración —que ilustra, sin duda, pero como toda obra gráfica, en su poder de mostrar, y por el poder de-mostrar, inevitablemente modifica—

<sup>2</sup> El guardagujas, anota el diccionario, es la persona que en los puntos de empalme de los ferrocarriles tiene a su cargo mover las agujas cuando ha de efectuarse un cambio de vía.

luego de leer el libro advierto que, tal vez, requiere un detalle, en apariencia sutil: el guardagujas no ve acercarse el tren. Esto es lo que quiero compartir y proponer a discusión al futuro lector: el guardagujas está ciego con respecto al tren que con su acción tomará un rumbo específico.

No lo mira, no puede; ni su cara voltea —merced al sonido— hacia *ese* tren porque no lo requiere para actuar como tal, no le hace falta ni le es advertible su devenir: accionará la palanca buscando otra cosa (a lo mejor pensando en otra locomotora, es posible), orientando su acción por intereses precisos, ideales, valores, que, por efecto no esperado, el azar, generarán una manera de mirar el mundo que dará dirección peculiar a un tren que por ahí, sin que el guardagujas ciego lo pretenda o lo anticipe, pasará.

Desde el lugar del lector: nunca pasivo y siempre influido por lo que sabe, cree que sabe, le interesa o cuestiona, luego de atender a la introducción del editor; revisar o visitar el cuerpo del texto con la comparación que Gil Villegas procura entre los ensayos de 1904 y 1905 con la versión de 1920; advertir y asomarse a, y enterarse por, las notas del crítico informado y, sin duda, luego de leer los textos adicionales de Weber, un aporte neto del editor, y disfrutar la discusión (no exenta de ironías y provocaciones) del sociólogo alemán con sus críticos y, para rematar, aproximarme al ensayo que el editor escribe en torno a la importancia de las respuestas de Weber a sus tempranos críticos; luego de todo este andar por las veredas que ofrece la obra, propongo, imagino, considero y creo que es posible afirmar, con sentido, que el guardagujas es ciego.

En la introducción se advierte que la “guerra académica de los cien años” —los debates en torno a esta obra— ha sido fructífera, a veces desesperante, increíblemente actual, pero llena de equívocos derivados tanto de malas lecturas como de una plaga vieja y contemporánea: la falta de lectura a secas, con profusión de conclusiones sin fundamento. Las aclaraciones preliminares de Francisco Gil Villegas son muy importantes en la lógica de esta edición.

Las enuncio con el atrevimiento que significa que serán andamio en la imputación de la ceguera al guardagujas:

- 1) Weber nunca afirmó, se dice y muestra, ni que el protestantismo fuese “causa genética del capitalismo” ni menos que lo precediera. El surgimiento de la estructura originaria del capitalismo la ubica Weber en la baja Edad Media.
- 2) Lo que sí dijo, lo que considera y propone es que “una variante específica (del protestantismo), la concepción de racionalismo de dominio del mundo del *ascesitismo intramundano* del calvinismo, tuvo una importante *influencia* y *afinidad electiva*”, no con el capitalismo en general, sino con el espíritu del capitalismo”. Aclara: “es decir, con una manera específica de concebir la ética de trabajo en la vida cotidiana de la actividad económica capitalista”.
- 3) Por eso, el que esto escribe, aspira a que quizás está en buena compañía (la del experto, erudito sí, pero sobre todo profundo estudioso: el editor del libro) en la irreverencia de cegar al guardagujas. No quiero implicarlo en mi probable sesgo, lo asumo como propio, pero algo habrá de cierto sí, como él dice: “El

impacto de la ética del *ascetismo intramundano* del calvinismo sobre el desarrollo del capitalismo moderno es (así) *indirecto*, no es causal genético porque la dinámica del desarrollo histórico del capitalismo moderno viene de mucho antes de la aparición de la Reforma protestante”. Anoto en mi cuaderno: el tren ya venía. Lo que sucede es un encuentro entre dinámicas propias de intereses y una visión del mundo que les es afín, pero que ni lo produce o precede (al tren), ni ha sido producto directo, a su vez (esta concepción del trabajo en el contexto del ascetismo intramundano), del complejo proceso que significa la construcción y puesta en marcha del tren.

- 4) Gil Villegas afirma que la “ética protestante” —ese encuentro— tuvo un importante impacto en el desarrollo histórico del capitalismo occidental a partir del siglo XVII, pues fungió, son sus palabras, como una especie de guardagujas que modificó la trayectoria de la dinámica de intereses materiales en la que ya venía “encarrilado” el desarrollo del capitalismo moderno.
- 5) Precisa algo importante: no estaba refutando, con estos escritos, a Marx (al que bien conocía). Se dice, erróneamente, que propone contradecir la causalidad unilateral materialista por otra, del mismo tipo, pero idealista. El editor/autor de la perspectiva argumenta en contra de esta falacia, recordando las propias palabras de Weber, quien dice que si bien ambas son posibles (la causalidad unilateral materialista o la idealista), “se haría un flaco favor a la verdad histórica si se pretendiera con ellas no *iniciar* la investigación, sino darla por concluida”. Esta idea de una conjetura de partida, hipótesis de trabajo, pone en claro que Weber estaba muy consciente de lo inacabado del estudio: es más, luego dirá que era preciso estudiar el impacto probable, si lo hubiese, del capitalismo en cierto momento histórico sobre el ascetismo intramundano. La relación inversa, tan propia de la complejidad social. Es, pues, un investigador, sobre todo en los escritos de los años 4 y el 5 del siglo XX, no un dogmático.
- 6) La relación de la ética y el espíritu (tipos ideales), es mucho más abierta y flexible, señala, refiriéndola a “meras afinidades electivas”. Destaca que el objetivo de la investigación, en palabras de Weber, es preciso: “la influencia de ciertos ideales religiosos en la formación de una ‘mentalidad económica’, de un *ethos* económico, fijándonos en el caso concreto de las conexiones de la ética económica moderna con la ética racional del protestantismo ascético”.
- 7) Hay una sección, en la página 12, que en mi lectura resultó crucial, pues Francisco Gil Villegas ubica a estos trabajos en la culta y plural forma de proceder que caracteriza el método de trabajo de Weber no sólo en estos escritos: en efecto, “las condiciones materiales para el desarrollo del capitalismo moderno fueron suficientes y necesarias si se combinaban con una precondition ‘ideal’ adicional (para tener las características que tuvo): la santificación del trabajo mediante una vocación, y recíprocamente —continúa el editor con mucho tino— las preconditiones ideales fueron necesarias y suficientes (para el desarrollo del capitalismo moderno, con sus peculiares características en Occidente) sólo cuando se combinaron con las preconditiones materiales relevantes”. Y eso ocurre en un momento histórico, dado que Weber no se cansa de afirmar frente

a sus críticos lo que ya había dicho y bien dicho: después de este “encuentro”, históricamente situado, el desarrollo del capitalismo moderno ya no se impulsa por la motivación ética del espíritu del capitalismo. A eso apunta la frase repetida, pero no del todo asumida: ese “caparazón ha quedado vacío de espíritu [...] y el capitalismo no requiere apoyo alguno de corte religioso, dado que, incluso, la idea del deber profesional ronda por nuestra vida como un fantasma de ideas religiosas ya pasadas”.

- 8) Hay una clave con la que se puede cerrar este intento de mostrar la fertilidad del trabajo crítico del editor: si, como afirma, en sus estudios sobre sociología de la religión las nociones cruciales para Weber son los conceptos de “visión del mundo” y sobre todo, subraya, el de “conducción de vida”, en la *Ética protestante* se estudia la cuestión de “cómo las ideas pueden llegar a tener una ‘eficacia’ histórica”. El ascetismo intramundano del calvinismo de los siglos XVI y XVII, que deriva de “las ideas de la predestinación y la eliminación de las señales externas de la condenación (o de ser salvo) —esa angustia, ese pavor constante de no saber si se forma parte del grupo de los que Dios sabe, ya, que se salvarán (específica “visión del mundo”)— dan base a un modo de “conducción de la vida” afin —“afinidades electivas”— al desarrollo de las características del capitalismo moderno, pero sobre todo, para los fines de quien esto lee en torno a la propuesta del guardagujas ciego, a la muy bien vista y señalada por Gil Villegas “paradoja de las ‘consecuencias no buscadas’ de la dinámica de la acción social, lo cual plantea la necesidad insoslayable de tener que combinar el método de la comprensión interpretativa, con el de la explicación causal externa”.
- 9) El párrafo intermedio de la página 27 de la introducción (donde se halla la cita anterior) es inapreciable en su valor para comprender la obra de Weber, y para entender que ese modo de hacer sociología tiene características profundas. Como alguna vez escuché comentar al autor/editor en el patio de El Colegio de México, en Weber claro que hay un sociólogo y fundamental, pero bien visto nos interpela un filósofo en el sentido más profundo de la palabra. En el silencio de la lectura, sólo roto por el sonido del trazo en la libreta de estudio, que el editor del libro lo es también: es el autor de la mirada, y es un privilegio que tengamos, en castellano, el libro más completo, claro y fundamentado (y abierto a la crítica como ha de ser) de la obra de indagación sociológica que lleva cien años debatiéndose. No será por ser intrascendente lo que está en juego en ella.

Creo que la analogía del guardagujas ciego tiene, como la del guardagujas sin adjetivos ni mutilaciones, límites; pero de nuevo, quizá no esté del todo errada como recurso en el debate, si el editor, un poco más adelante, nos dice que para entender bien esta obra, y poder en su caso criticarla, es preciso tomar en cuenta que: “El calvinista puritano no se propuso conscientemente ni deliberadamente esta (la ya referida) consecuencia económica, pero de todas maneras la generó. Por eso se produce aquí una paradoja de las consecuencias no buscadas, en donde resulta imprescindible separar, por un lado, la *comprensión* de las intenciones buscadas, de las consecuencias y efectos no buscados, por el otro”.

Esto, de manera harto sintética, es un programa, una perspectiva para el qué hacer en la sociología. Y esto hace suponer, y consigue a mi juicio, que Gil Villegas sabe que una edición crítica ha de ser “útil” en la medida en que, esclareciendo lo que en efecto buscó el autor (al que tanto conoce y con tanta tenacidad ha buscado conocer a lo largo de los años), permita el estudio de un clásico Weber que, al considerar la sociología como una ciencia de realidad, no una ciencia “formal”, está orientada a comprender explicando y explicar comprendiendo la acción social.

Que en los fenómenos sociales lo imprevisto, lo no buscado, y cuánto más si son concepciones del mundo, visiones, conducciones de vida: las maneras de ver las cosas y valorarlas, por ende las ideas, tienen eficacia histórica, nos pone frente a un autor que se jugó una apuesta fuerte y ha sido para bien; es menester, para hacer sociología, unir, tallar, embonar, relacionar o buscar, siempre, la confluencia de la explicación —fincada en la relación causa/efecto— con la interpretación, con la comprensión —el esquema de medios/fines—.

Y estar abiertos a lo que, creo, radicalmente muestra una distancia en la concepción profunda del quehacer científico de Weber con respecto a las tendencias deterministas: hay espacio, y más vale poner siempre esta condición como elemento indispensable, en toda explicación comprensiva, a lo imprevisto, lo no buscado, lo probable y su aparente fragilidad explicativa, en lugar de la pretendida fortaleza de lo inevitable y perfectamente predecible. No hay tal. En ningún campo científico, por duro que se proclame o así lo consideren modas, tan temporales y vacuas como las que son predominantes en la academia mexicana.

Gil Villegas, de la mano de Weber y la claridad del mundo complejo —que conoce bien y con generosidad comparte en esta obra importante—, ha construido una trayectoria sólida. Por afinidad electiva, por compromiso con el rigor, y sin que en esto medie casualidad alguna, sino compromiso intelectual, corre el riesgo de ser, en efecto, algo más que un sociólogo: se acerca al pensador, esa especie extraña que por el camino de la especialización se abre a un panorama de la condición humana en sociedad, donde la acción inesperada confluye y modifica rumbos. Con todas las aristas abiertas, y los riesgos asumidos, este libro conduce a un conocimiento más preciso del trabajo weberiano, y por ello su mejor fruto será conocerlo y entablar un diálogo que no excluya la crítica, pero la procure fundamentada.

En buena hora podemos hoy, que por efecto de una errada política que orienta la vida académica y la investigación, a escribir más de lo que se lee y estudia, poner en el escritorio un trabajo de largo aliento y que implica atención profunda y dilatada. Vale la pena.

Fernando Escalante Gonzalbo, *El crimen como realidad y representación. Contribución para una historia del presente*, México, El Colegio de México, 2012, 256 pp.

MARCO ESTRADA SAAVEDRA\*

## I

*El crimen como realidad y representación* consta de seis capítulos, cuya gran línea argumentativa común gira en torno al lenguaje y las elaboraciones imaginarias sobre la violencia, el crimen y el narcotráfico en México y el mundo contemporáneo. Este libro continúa, en este sentido, las indagaciones cuantitativas del autor sobre los homicidios en el país en las dos últimas décadas (Escalante Gonzalbo, 2009). Pero esta obra es aún más. En efecto, Escalante considera el “crimen” como una clave para entender la historia reciente del país —clave acaso tan significativa como lo fue, en los últimos 20 años, la narrativa de la “transición a la democracia”—, dado que en la representación que nos hacemos de él se halla la posibilidad de entender “el ejercicio del poder en México” (p. 111), “una parte de las relaciones de clase [...], formas concretas de dominación y subordinación, y de mediación política” (p. 122) imperantes; así como también cimentar las asimetrías en las relaciones entre Estados Unidos y México, que han tornado invisible —como nuestros vecinos del norte gustan hacer con grandes beneficios— que el problema del crimen organizado y la crisis de seguridad en México, en toda su complejidad, es un asunto cuya responsabilidad compartimos.

## II

Para entender la relevancia del libro, conviene primero presentar rápidamente las ideas centrales de sus capítulos.

Con el capítulo “Narcoterrorismo: puesta en escena”, el autor abre sus inquisiciones sobre los miedos crecientes en Estados Unidos, a partir del 11 de septiembre de 2001, de una supuesta alianza entre terroristas islamistas y traficantes de drogas. Lo que llama la atención de Escalante es cómo este “pánico moral” (Stanley Cohen) adquiere la fuerza de una certeza a pesar de que dicha asociación no sólo resulta muy improbable y poco atractiva para los involucrados, por decir lo menos, sino que además no existe absolutamente prueba alguna al respecto. Sin embargo, académicos, expertos consultores, autoridades políticas y funcionarios públicos de diferentes instituciones afirman lo contrario con la seguridad que les brinda su sentido común y nada más. Con todo, la “amenaza” imaginaria no requiere ser real para tener eficacia y efectos políticos muy concretos. “El miedo hace falta para justificar el presupuesto de

\* Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

todas las dependencias de seguridad, desde el FBI y la DEA hasta la Patrulla Fronteriza, hace falta para mantener la nueva legislación, y es también útil para muchas otras cosas, pero no es fácil mantenerlo en niveles lo bastante elevados. Es necesario que la amenaza sea verosímil, grave y que se sienta relativamente cercana. La imagen de la alianza de Al-Qaeda con los Zetas llena los huecos” (p. 31).

En el último capítulo, “Visperas: el miedo en el cambio de siglo”, el sociólogo retoma esta línea argumentativa y encuentra motivos para pensar que la sensación general de inseguridad y crisis que se percibe en el mundo occidental contemporáneo se ha materializado “en una preocupación concreta por el delito” (p. 204). En efecto, en las esferas públicas de estas sociedades se ha construido la imagen de que el crimen organizado se ha vuelto un peligro en aumento, omnipresente y fuera de control, por lo que la única opción posible para enfrentarlo con éxito es una política represiva (legislaciones penales más duras, más cárceles, más policía y con mejores equipos, mayor vigilancia de grupos de alto riesgo, menor tolerancia a la protesta social, etcétera). De lo contrario, el caos y la violencia criminales imperarían. Ante poblaciones amedrentadas, las soluciones de “mano dura” y los gestos grandilocuentes resultan muy populares, aunque su eficacia sea, a largo y mediano plazos, muy cuestionable.

Ahora bien, este sentimiento generalizado de inseguridad es sólo un producto de un clima de opinión que no se ve avalado por los hechos: “ni en México ni en el resto del mundo hay una correlación firme, significativa entre el aumento del miedo y los índices delictivos” (p. 211). Y para el caso mexicano específico, apunta Escalante, “[en] realidad, sucede todo lo contrario. El índice de homicidios [en México], por ejemplo, que puede servir como indicador básico de la violencia, muestra una disminución sostenida a lo largo de la década de los noventa y los primeros años del nuevo siglo” (p. 214).<sup>1</sup>

Una de las tesis fuertes de Fernando Escalante consiste en la correspondencia entre la percepción del aumento de la inseguridad y el surgimiento de una manera inédita de nombrar el crimen. Este es precisamente el tema del segundo capítulo: “El nuevo lenguaje”. “Cuando se trata de la violencia reciente en México hay lo que podríamos llamar un ‘conocimiento estándar’ sobre el crimen organizado [...] Es actualmente una especie de *lingua franca* para hablar sobre la crisis de seguridad [...] [Es un] vocabulario o poco más, pero de enorme atractivo, sobre todo para los medios de comunicación” (p. 56). Efectivamente, entre las realidades originadas por la crisis de inseguridad que asuela el país se encuentra la aparición de una “retórica”, es decir, un modo de observar el fenómeno que funge como un metarelato, en el que los hechos y eventos rápida y mecánicamente se acomodan a la épica de la “guerra contra el narco” para que adquieran sentido —un sentido, sin embargo, que los neutraliza y les roba su facticidad y significado—. El relato hegemónico habla

<sup>1</sup> Lo que sucedería a partir de 2008, con la tan publicitada “guerra contra el narco”, es un fenómeno inédito. La tasa de homicidios aumentó en el país, en general, y en algunas regiones muy específicas de México, en particular, a partir de la intervención del ejército en el combate al crimen organizado.

de guerra entre “cárteles” por ocupar “plazas” para controlar el trasiego de drogas y todo tipo de actividades ilícitas. Por su parte, las autoridades los “combatirían” para restablecer el orden y la paz en los “territorios” secuestrados. El aumento de violencia y víctimas, paradójicamente, daría cuenta del “éxito” de la política gubernamental. En esta narración, además, los únicos agentes resultan ser los “narcos” y las fuerzas públicas. La población restante destaca por su pasividad —incluida, por supuesto, en forma de “bajas civiles”—. “El nuevo lenguaje ofrece también la ilusión de que se entiende lo que sucede. En la forma en se usa, sirve sobre todo para eliminar ambigüedades” (p. 67).

Sin embargo, como se expone en el siguiente capítulo, “Definiciones, indefiniciones: el crimen organizado”, las ambigüedades no desaparecen e, inclusive, se tornan confusión, ya que, en palabras de Escalante, carecemos de una “definición mínima de ‘crimen organizado’” (p. 72), por lo que “la existencia de los cárteles, en los términos que los presenta la nueva imagen, no es un dato obvio, sino un problema” (p. 109). Y el mismo corolario manifiesta el autor en el capítulo “¿Qué significa ‘combatir el delito’?” Para contestar esta pregunta, el autor distingue entre “delitos predatorios” y “delitos de mercado”, porque considera que englobar ambos bajo el rubro de crimen tiene consecuencias literalmente mortales, al volverse el *combate* del delito la directriz de la política de seguridad. A diferencia de los “delitos predatorios” —asaltos, secuestros y robos—, la naturaleza de los “delitos de mercado” —como la piratería, la falsificación, las drogas o el contrabando— exige el orden y la regularidad de transacciones no violentas y acordadas entre las partes. En efecto, este último tipo de delito implica a miles y miles de involucrados en amplias y flexibles redes internacionales e interregionales, que a su vez requieren

una extensa y heterogénea red de protección de policías, políticos de muchos niveles, sistemas familiares, de vecindad [...] Si se tiene eso en mente se entiende con más facilidad que ese campo enorme, inabarcable, que hemos llamado de los ‘delitos de mercado’ es sencillamente una parte del orden social, que sólo puede explicarse si se consideran factores estructurales —de producción, de empleo, ingreso, niveles salariales, expectativas de movilidad. Y se entiende también que el control de las vías de acceso a la economía informal, ilegal y criminal es uno de los recursos fundamentales del poder político en el nuevo siglo. (p. 149)

Confundir ambos tipos de delitos conlleva aplicar medidas inapropiadas en su tratamiento, como las que hemos sufrido en los últimos años; conduce también a conjurar el “fantasma” de la amenaza criminal para justificar acciones violentísimas por parte del Estado, el cual, al ignorar el hecho de que la organización del delito sólo puede tener lugar dentro de las redes, estructuras e instituciones de la sociedad, el combate al crimen organizado deriva en el combate a la sociedad misma, debido a la ambigüedad de las fronteras entre lo legal y lo ilegal, lo lícito y lo ilícito y sus actores correspondientes. Por esta razón y en contra de las creencias del populismo punitivo reinante, el autor afirma que “combatir el delito es algo muy obvio, muy simple, muy claro, hasta que comienza a preguntarse por los detalles” (p. 150).

De manera impresionante, en el capítulo “Baile de números: algunas dudas, algunas preguntas, algunos datos”, el sociólogo de El Colegio de México busca esos detalles en el núcleo mismo del fetiche por excelencia del racionalismo moderno: las estadísticas. No dudo de calificar de escandalosos y muy preocupantes sus hallazgos sobre la construcción de mediciones de la vulnerabilidad de la frontera entre México y Estado Unidos, el volumen de las ganancias del narco o su infiltración del sistema financiero nacional. En todos estos casos, los métodos y las cifras dados por expertos y autoridades para medir “los problemas” en cuestión se antojan meras “ocurrencias” (p. 177). “En general, la estadística delictiva es inexacta, confusa, de base bastante precaria. Se presta además con frecuencia para exageraciones verdaderamente disparatadas” (p. 156). De tal suerte, los instrumentos que deberían brindar información para conocer la realidad y ofrecer certezas para encaminar una política seria, resulta que “son parte de la estrategia en la ‘guerra contra las drogas’, y no otra cosa” (p. 178). Y su función consiste, básicamente, en “inspirar seguridad. El verdadero soporte es el sentido común. Las cifras son básicamente un recurso retórico, lo importante es que el relato se ajuste a la imagen que tiene el público” (p. 184).

### III

He aquí, a grandes rasgos, el contenido de *El crimen como realidad y representación*. Ahora quiero explicar por qué el libro es importante y debe ser leído y discutido.

El lector intuye que el origen de *El crimen* se encuentra el desconcierto que, tras el estallido de la “guerra contra el narco”, las noticias y los recuentos de la violencia homicida causaban al autor. Esta desorientación se debía no sólo por la cantidad y forma de los crímenes, sino también por la manera de hablar de ellos por parte de los gobernantes, las fuerzas públicas y los medios de difusión. En efecto, en sus comportamientos y discursos el sociólogo percibe que existen “demasiadas certezas” sobre lo que está pasando en el país, pero pocos cuestionamientos auténticos. De hecho, el mayor mérito de esta obra consiste, en mi opinión, en ser un ejercicio sólido e imaginativo de plantear preguntas, más que en dar respuestas —que las hay y que, sin duda, son importantes—, ya que, precisamente, lo que más requerimos en estos tiempos en el debate científico y público son interrogantes inteligentes que nos ayuden a trascender el imperio actual de un “saber estándar” y un “relato monocorde” (p. 10) que (in)forman la conversación pública actual.

¿Por qué —inquirirá el lector— resulta fundamental lo anterior? Sencillamente porque las “demasiadas certezas” predominantes en el espacio público sobre el crimen y los criminales se basan en un “sentido común” que resulta ser el gran “obstáculo para entender lo que pasa” (p. 11). Y dado que éste se expresa a través del “lenguaje” como su medio para aprehender y construir la realidad, entonces se requiere dar cuenta de las “representaciones” que alimentan nuestra percepción del fenómeno. Deconstruyendo ese sentido común y el lenguaje que lo acompaña, piensa Escalante Gonzalbo, podemos empezar a ganar claridad sobre el fenómeno.

Pero antes de decir algo más sobre estos “imaginarios”, hay que señalar los rasgos más destacados de, si no el “método”, sí la práctica sociológica del autor. Primero, rescata la riqueza del “evento” insólito (y, a la vez, paradójicamente típico) como materia de reflexión.<sup>2</sup> El evento en su singularidad y tipicidad le permiten al sociólogo cuestionar la gran narrativa de la “guerra contra las drogas”, devoradora de significados y particularidades de los hechos, así como los elementos de su lenguaje. En segundo lugar, apuesta a describir con detalle<sup>3</sup> para discriminar entre lo común y lo diferente; comparar situaciones en distintas regiones, países y tiempos con el fin de dar cuenta de cómo crean configuraciones singulares de órdenes sociales.<sup>4</sup> Y, por último, vigila con atención el uso de las fuentes sospechando, de manera sistemática, de las afirmaciones hechas por autoridades (institucionales, políticas, académicas o mediáticas).<sup>5</sup> Por todo lo anterior, el resultado de esta práctica sociológica es una poderosa purga de prenociones con el fin de, una vez limpiado el terreno, empezar a hacer las preguntas adecuadas sobre la realidad del crimen. Es justo en este sentido que escribía más arriba que el libro no tiene respuestas conclusivas, sino que es apenas el inicio para poder interrogar adecuadamente qué está pasando. Y esto representa —enfático— un logro sobresaliente.

Retomo el tema de las representaciones sociales. El crimen y los criminales son reales; sin embargo, como todo fenómeno social, poseen también una dimensión imaginaria: el crimen organizado como una gran corporación multinacional todopoderosa, una suerte de gobierno oculto, como es retratado en un sinfín de películas y series de televisión de Estados Unidos. Aún más: por muy disparatado que sea el conjunto de prejuicios e invenciones que alimenta este imaginario, no obstante éste tiene efectos concretos. De hecho, lo imaginario construye la realidad del crimen, porque con base en él lo percibimos y tomamos decisiones al respecto. Uno de esos efectos principalísimos es la sensación general de miedo y zozobra no fácilmente identificables, que coopera para que, como mencioné más arriba, se reclame y se acepte todo tipo de medidas de fuerza para atajar el miedo.

La fatal conjunción de incertidumbre y temores que provocan el “fantasma” del crimen organizado, por un lado, y la ausencia de información que acredite con fuentes creíbles las afirmaciones de autoridades públicas, comunicadores y expertos,

<sup>2</sup>A manera de ejemplo se puede revisar cómo aborda el caso de los 35 cadáveres amontonados en dos camionetas en Boca del Río, Veracruz, el 20 de septiembre de 2011. Suceso del que escribe lo siguiente: “Trágico, conmovedor, el episodio de Boca del Río es un indicio. Sirve para empezar a preguntar por la crisis de seguridad en México, entre 2007 y 2012” (p. 47).

<sup>3</sup>El autor apunta, por ejemplo, “los matices son importantes” (p. 162), cuando se ocupa de la manera en que se trasiega la droga hacia Estados Unidos por mar, aire y tierra.

<sup>4</sup>Por ejemplo: “digamos que la evolución concreta de la delincuencia en México en los primeros años del siglo, o en las dos décadas alrededor del cambio de siglo, tienen que explicarse a partir de las características institucionales, jurídicas, productivas, geográficas, de estructura social y orden político. No como expresión de un fenómeno universal, que remita únicamente a la conducta de ‘los delincuentes’” (p. 90).

<sup>5</sup>A manera de ilustración, revisense pp. 152 y ss.

por otro lado, produce una espesa niebla que favorece la opacidad de la realidad. “El resultado es una especie de desfondamiento del espacio público, donde no se puede creer en nada, y a la vez se puede dar crédito a cualquier cosa” (p. 153). Y, en este sentido, es que la superficialidad de la conversación en el espacio público mexicano oscurece nuestra condición actual.

Esto último es, justamente, una de las inquietudes subyacentes en el trabajo de Fernando Escalante. En efecto, observa con preocupación el empobrecimiento de la discusión pública en México. Esto se antoja, sin duda, una paradoja si comparamos nuestras condiciones actuales de libertad de expresión con las del antiguo régimen, ya que en la época de la democracia institucionalizada, la formación de la opinión pública es, hoy día, más plural, pero también más estridente y caracterizada por un enorme déficit de profesionalismo de los actores que tienen acceso a la prensa, la radio y la televisión.<sup>6</sup> Con rigor, razones y datos, el sociólogo desarma los discursos periodistas, políticos, académicos, expertos y funcionarios públicos, y demuestra que van desnudos.

En este sentido, abriga la convicción de que el sociólogo tiene una responsabilidad en el espacio público —“que no tiene nada que ver con ninguna militancia, dicho sea de paso (y que a lo mejor es lo contrario de la militancia)” (p. 239)—. A juzgar por su práctica científica, dicha responsabilidad consiste en desmitificar nuestras creencias para conocer la realidad tal y como es. Su virtud crítica es, sin embargo, escasa entre nosotros.

Entre líneas, Fernando Escalante da cuenta de que una de las dificultades fundamentales que nos obstaculizan comprender la realidad del crimen organizado es que la sociedad mexicana ha cambiado de manera significativa,<sup>7</sup> por lo que nuestros recursos intelectuales y científicos de antaño para descifrarla simplemente han perdido su vigencia y aún no contamos con teorías, modelos, métodos y, en general, una nueva narrativa sociológica que nos ayuden a afrontar la novedad. Si no se repara en esto, no se entiende por qué mucha de la producción de las ciencias sociales de hoy es simplemente irrelevante. En este sentido, el suyo es un llamado en contra del muy extendido conformismo académico.

Para invitar a su lectura y discusión, cierro esta reseña con una cita larga que condensa muy bien el estilo, el sentido y el contenido del libro.

Desde luego, la violencia es real. El crimen organizado es real, el negocio de la droga es real, y el combate de la fuerza pública contra el crimen organizado es absolutamente real. Lo que pasa es que nada de eso es como lo imaginamos. Nada de eso es como lo hemos elaborado en nuestro espacio público. Y eso significa que debajo del negocio de la droga, por decirlo de algún modo, debajo de lo que llamamos el crimen organizado, debajo de la guerra contra el crimen organizado están sucediendo otras cosas, que no se ven bien, que no se entienden bien. (p. 241)

<sup>6</sup> Consúltese el trabajo de Fernando Escalante (2010).

<sup>7</sup> Cfr. pp. 229 y ss., por ejemplo, y también p. 70.

### **Bibliografía**

- Escalante Gonzalbo, Fernando (2010), “El escándalo interminable. Apuntes sobre el sistema de opinión pública”, en Soledad Loaeza y Jean-François Prud’homme (coords.), *Los grandes problemas de México, vol. XIV. Instituciones y procesos políticos*, México, El Colegio de México, pp. 331-353.
- Escalante Gonzalbo, Fernando (2009), *El homicidio en México entre 1990 y 2007: aproximación estadística*, México, El Colegio de México (en colaboración con Erick Aranda).